

EL FALSO PARAISO CARIBE

En unos días, casi simultáneamente, se han producido algunos espasmos políticos en una misma zona del mundo, la zona del Caribe: la Insurrección de Trinidad, la intentona de Puerto Príncipe, el desembarco abortado de una guerrilla en Cuba y las accidentadas elecciones de Colombia. En los Estados Unidos se teme que estos movimientos no sean más que el principio de algo. Después de escuchar —en una sesión a puerta cerrada— a los representantes del Departamento de Estado, el presidente del Subcomité de Asuntos Interamericanos de la Cámara de representantes ha dicho que «aunque se trató casi exclusivamente de Trinidad, el Departamento de Estado opina que, potencialmente, el Caribe puede producir más violencias del tipo de la ocurrida en la isla». Los Estados Unidos enviaron fuerzas navales con unidades de desembarco de «marines». No fueron utilizadas. Pero podían haberlo sido tanto en Trinidad como en Haití —el tirano Duvalier ha pedido ayuda a Washington—, como también en Colombia. Si Rojas Pinilla aparece ahora como una encarnación del general Ovando y del nacionalismo antiyanqui, su asalto al poder no hubiese sido tolerado en un país que da acceso por tierra al Istmo de Panamá.

Se trata de una zona estratégica donde Estados Unidos practican, sin proclamarlo, el dogma de la «soberanía ilimitada» de que acusan a la U. R. S. S. en la zona que ésta considera vital. La rápida invasión de Santo Domingo, efectuada sin ninguna duda ni vacilación, sostenida hasta el final a pesar de la dura resistencia de los dominicanos y del escándalo mundial, mostraron ya que en estos casos no hay escrúpulos. El castrismo de Cuba fue un golpe rudo que no parecen dispuestos a que se repita. Por el contrario, la hostilización a Cuba, por grandes y pequeños medios, pero continua —como lo demuestra el intento de desembarco—, es una continua señal de advertencia de que los Estados Unidos no renuncian a la recuperación de ese territorio. En la zona de las Caribes está la unión de las dos Américas, está el paso de Panamá y están, en consecuencia, algunas de las más importantes bases militares de los Estados Unidos: Key West, en el Estado de Florida —donde los comandos anticastristas reciben adiestramiento militar—; Guantánamo, dentro mismo de Cuba —Castro ha acusado que el intento de desembarco estaba organizado en la propia base—; Roosevelt Roads, en Puerto Rico —continuamente agitado por los movimientos independentistas—, y la «Zona del Canal», en Panamá, donde reside «Usarcarb» y el «Southern Command», desde donde el Estado Mayor de Estados Unidos dirige todo el movimiento militar de la zona. Una entidad superior es el «Saclant», o gran mando atlántico, situado en Norfolk, Virginia, que fue el que dirigió la operación de la llamada «Crisis del Caribe», en 1962. En la «Zona del Canal» hay escuelas de combate de jungla y de la llamada «guerra antisubversiva», de la que son protagonistas los «boinas verdes». Es un centro al que acuden los oficiales seleccionados de los países hispanoamericanos. Algunas islas están militarizadas por los Estados Unidos, convertidas en aeropuertos, en arsenales o en campos de adiestramiento: Vieques, al Sur de Puerto Rico; Anegada, cedida por los ingleses; las islas Virgenes, cedidas por Dinamarca en 1914. Otros centros tienen el carácter de estaciones espaciales, encargadas de prestar servicios a Cabo Kennedy, en Florida —otra razón de interés de Estados Unidos en la zona—, y fuertemente protegidos. Toda la zona está estrechamente vigilada, sujeta con fuerza, apretada en este cinturón militar. Es difícil que nada se mueva sin repercusión inmediata. Políticamente, los Estados Unidos ejercen su dominio mediante hombres de confianza.

Aparte de las naciones grandes, como Colombia o Venezuela, que no son consideradas propiamente como caribes, aunque todos

sus movimientos tengan repercusión en la zona, las Caribes están formadas por miniestados, principalmente antiguas colonias británicas, integradas en la Commonwealth. Son unos once países, todos insulares, separados entre sí; en conjunto, no suman mucho más de cinco millones de habitantes. Todos los intentos de federación y de busca de unidad han fracasado. La Carifta (Caribbean Free Trade Association) no pasa de ser una esperanza de Integración económica. Algunas de las islas buscan integrarse en el «Ecom» (East Caribbean Common Market) para, entre ellas, formar un peso suficiente que las permita integrarse en el Carifta. Mientras ese sueño llega, son países que, como todos los subdesarrollados, dependen de sus materias primas, que venden principalmente a Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá —compradores de al menos tres cuartas partes de la producción total—. Las entradas en divisas se van en adquisición de alimentos y productos terminados. Las inversiones extranjeras terminan en exportaciones de dividendos. La demografía es galopante, algunas de las islas están superpobladas (570 habitantes por kilómetro cuadrado en Barbados; en España es de 55, y en una ciudad como Madrid no pasa de 250), y el crecimiento del producto industrial y agrícola va a la zaga. El paro forzoso es, por lo tanto, creciente.

Todas estas islas fueron ricas en el siglo XVIII. Eran islas de azúcar y fruta. Sus productos tropicales se vendían caros en Europa y se producían baratos porque la riqueza natural de la tierra estaba trabajada por mano de obra esclava. Se ennegrecieron con la importación de mano de obra africana. El final de la esclavitud, la concurrencia de otros países, derrumbaron su economía. Les quedó, entonces, la más trágica riqueza que puede tener un país, la de su valor estratégico para otros. Otra riqueza propia de nuestro tiempo, el turismo, les resulta engañosa. Las infraestructuras del turismo están en manos de capital extranjero, dueño de las líneas aéreas y marítimas, de los grandes hoteles de lujo, de los

La insurrección de Trinidad, los motines de Haití, el repentino apoyo de las clases humildes colombianas al viejo dictador Rojas Pinilla son índices de una efervescencia social que no se aplaca. Los intereses militares y económicos de los Estados Unidos no cederán en nada. Las islas de fruta y azúcar pueden ser, en unos años, islas de fuego y sangre.



EN PUNTO

aeropuertos y los principales servicios. A los caribes les queda de esta explotación poco más que el beneficio del servicio doméstico. En cambio, han entrado en concurrencia los grandes «gangsters» de Estados Unidos, propietarios de las casas de juego, los prostíbulos, los «night clubs»; «gangsters» que ejercen la técnica del «racket» sobre los autóctonos que intentan beneficiarse del turismo.

Trinidad y Tobago, donde ha estallado —y ha sido sofocada— la rebelión de una parte del ejército, a la que se atribuyen los lemas del «Poder negro» —los descendientes de esclavos son la mayoría en el Caribe— es probablemente la más afortunada de las pequeñas naciones, en cuanto a nivel de vida, principalmente por la producción de petróleo y por sus refinerías, y por la posesión del mayor depósito de asfalto natural del mundo. Todo esto, como la producción de azúcar y sus derivados, está en Trinidad. Tobago se dedica principalmente al turismo. No puede evitar, sin embargo, un paro obrero que afecta a más del 10 por ciento de la población considerada activa, y que debe ir en aumento por el crecimiento demográfico. Sus habitantes están divididos por contradicciones raciales. Los negros forman el 40 por ciento de la población, pero los llamados «indios orientales» —para distinguirlos nominalmente de los antillanos que pertenecieron a lo que se llamó «las Indias Occidentales», procedentes de la India y el Pakistán, totalizan un 35 por ciento. Hay un 21 por ciento de mestizos, un 3 por ciento de europeos y un 1 por ciento de chinos. Esta división repercute en los partidos políticos: el Movimiento Nacional del Pueblo agrupa a los africanos; el Partido Democrático del Trabajo, a los indios orientales. El primero de estos partidos se sitúa más a la izquierda, pretende la nacionalización de los pozos de petróleo y consiguió la expulsión de los americanos de la base militar de Chaguamamas, junto a Puerto España: una base creada por Churchill y luego cedida por éste a Roosevelt, que debía estar en poder de los Estados Unidos hasta 1977, según un acuerdo anglo-americano en el que los isleños de Trinidad no fueron consultados. El movimiento ha surgido de una posición más extrema que la del Movimiento Nacional del Pueblo que ocupa el poder —primer ministro, Eric Williams—, pero sin realizar la recuperación del petróleo y la nacionalización de los bienes extranjeros en la isla.

La aventura ha sido efímera. En un momento, un puente aéreo puso a disposición de Williams un considerable envío de armas de los Estados Unidos. El buque insignia norteamericano «Guadalcanal», con otras cinco unidades, se fue a toda máquina a las aguas de Trinidad, anunciando ya su propósito de un desembarco para «proteger las vidas de los ciudadanos norteamericanos» (el mismo pretexto con que se invadió Santo Domingo en 1965), pero prefirió dejar la operación en manos de los ingleses —que actuaban en virtud de la pertenencia a la Commonwealth de Trinidad y Tobago—, que enviaron las fragatas «Sirius» y «Júpiter», armadas con «missiles», que presentaban un número de fusileros superior en el doble a lo que representa la totalidad del ejército de Trinidad y Tobago. El gobierno de Eric Williams, el hombre que al pasar de la oposición al poder se reconvirtió de antianqui en proyanqui, ha sido así reforzado, y la aventura rebelde termina.

Pero se puede creer fácilmente al Departamento de Estado cuando afirma que la violencia en el Caribe conocerá pronto otros momentos. La insurrección de Trinidad, los motines de Haití, el repentino apoyo de las clases humildes colombianas al viejo dictador Rojas Pinilla son índices de una efervescencia social que no se aplaca. Los intereses militares y económicos de los Estados Unidos no cederán en nada. Las islas de fruta y azúcar pueden ser, en unos años, islas de fuego y sangre.

Colombia

EL REGRESO DEL DICTADOR

Quizá lo que Rojas Pinilla intentaba imponer esta vez en Colombia era un «fascismo paternalista» inspirado por la moda peruana y boliviana del nacionalismo demagógico. Esta ilusión, y la fatiga por el largo e ineficaz reparto del poder entre liberales y conservadores por el pacto de 1958 —un pacto de partidos turnantes, por el cual se alternan liberales y conservadores—, ha podido hacer que el dictador que en 1957 fue separado del poder con satisfacción general haya podido reaparecer ahora en las elecciones y salir de ellas con un importante número de votos, aunque no el suficiente como para ser proclamado. El Presidente saliente, Lleras Camargo, ha movilizado el Ejército para evitar que Rojas Pinilla quisiera alzarse con la Presidencia que electoralmente correspondía a Pastrana —y no sólo electoralmente, sino en virtud del pacto, de turnos— alegando —como, en efecto, lo ha hecho— que las elecciones estaban trucadas. El general Rojas Pinilla está detenido en su domicilio y sus principales partidarios vigilados.

Se dice que esta operación estaba montada de antemano y que Rojas Pinilla no hubiese podido presidir aunque hubiera ganado las elecciones. El conservador Pastrana —a quien dos de sus propios compañeros de partido han disputado la Presidencia, quitándole así unos ochocientos mil votos que hubieran hecho más visible su victoria sobre Rojas Pinilla— ocupará la Presidencia a partir del 7 de agosto, si antes no se producen acontecimientos graves, lo cual no debe, de ninguna manera, excluirse. No debe advertirse ninguna diferencia entre el Presidente electo, conservador, y el Presidente saliente, liberal; las etiquetas políticas son, en este caso, un disfraz de las oligarquías que se reparten el poder. Se le acusa de haber servido a Laureano Gómez, el «tirano de los

Andes», que mantuvo un terror de estado en Colombia desde 1948 a 1953; se dice que en ese período hubo más de trescientos mil muertos en Colombia. Pastrana ha presentado su programa como la única opción posible contra el regreso a la violencia, y se apoya la lucha contra el crimen, la miseria y la ignorancia. Son lugares comunes de la política colombiana, que se repiten incesantemente, pero que no han conseguido invertir una situación social donde no se ha conseguido nunca una integración social.

El analfabetismo sobrepasa el 35 por ciento, las zonas urbanas, con una «élite» intelectual y un gran desarrollo del consumismo, contrastan con las zonas retrasadas y con el subdesarrollo agrícola, que sólo mantiene en explotación el 3 por ciento de las tierras cultivables. El 40 por ciento de la renta nacional se reparte entre las 1.500 familias que forman la oligarquía. El resto del país —18 millones de habitantes— son simples comparsas en el juego político. Por eso las elecciones producen una abstención monstruosa: 63 por ciento, en 1966; 70 por ciento, en 1968. Esta vez la abstención se ha reducido al 49 por ciento, y ello explica la ilusión producida por el regreso de Rojas Pinilla, cuyo fascismo declarado no es menos desconsolador que el fascismo oculto de la oligarquía. La presión de los Estados Unidos es grande. Se ejerce en el mercado del café: Colombia es la segunda nación productora del mundo. El hecho de que Colombia controle el acceso por tierra al istmo de Panamá le da una gran importancia, en una zona estratégica de primera categoría para Estados Unidos (véase en este mismo número el artículo de Eduardo Haro Tecglen), y explica que nada pase en Bogotá sin repercusión inmediata o sin decisión previa de Washington.

USA

NUEVA YORK, ¿CIUDAD FEMENINA?

He aquí a continuación las opiniones de Andy Warhol, escritor, pintor y cineasta; Donald Klopfer, fundador y presidente de la editorial Randon House, y Ruggero Orlando, periodista italiano, sobre las transformaciones más sustanciales sufridas por la ciudad de Nueva York en los cinco últimos años.

ANDY WARHOL.—La ciudad está cambiando de sexo. No sé nunca exactamente si es un hombre o una mujer el que tengo al lado. ¿Quién lo sabe? Todos quieren ser mujeres, se visten como mujeres, andan

como mujeres, envidian a las mujeres. No hay duda que se trata de la más sustancial transformación sufrida por la gran metrópoli en los dos últimos años. Hay actualmente más mujeres pintoras, más mujeres escritoras, comediógrafas y directoras de cine. El propio «New York Times» ha aumentado sus páginas para la mujer. Las noticias sobre la moda han aumentado de dos a tres páginas. Perfiles, entrevistas, artículos que interesan a la mujer inundan la prensa neoyorquina. Sin embargo, siguen siendo hombres los que escriben la mayor parte de esas páginas. Los hombres se han dedicado a leer revis-